

# Estudio introductorio

JUAN ODISIO y MARCELO ROUGIER

## **Marcelo Diamand y sus aportes al estudio de los problemas económicos argentinos**

Marcelo Diamand fue un ingeniero, empresario y economista autodidacta nacido en Cracovia, Polonia, en el seno de una familia judía, el 19 de agosto de 1929. Su padre, León Emanuel (de profesión abogado) emigró hacia la Argentina al prever una situación espinosa poco antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Su esposa, Herminia Schreiber, y sus pequeños hijos (Marcelo y Ana) debieron quedarse en Polonia.

Con la invasión nazi en septiembre de 1939, Herminia, Marcelo y Ana debieron huir rápidamente a pie de su ciudad. Escondidos en un carro de heno se dirigieron hacia el este. Se adentraron en territorio anexado por los soviéticos con el pacto Ribbentrop-Mólotov, firmado con los alemanes unos días antes. Llegaron a Leópolis, ciudad polaca que había quedado bajo dominio de la República Socialista Soviética de Ucrania, ubicada a unos 320 kilómetros de Cracovia. Unos meses más tarde, en junio de 1940 fueron «reubicados» al ser enviados en tren a una granja colectiva de refugiados en Siberia. Su situación allí era desesperante. Compartían casa con otras 25 familias y apenas tenían recursos para sobrevivir. Un año más tarde, tras el ataque alemán a la Unión Soviética (URSS), Władysław Sikorski (primer ministro del gobierno polaco en el exilio londinense) acordó con Iván Maiski (embajador soviético en

el Reino Unido) que se liberara a los ciudadanos polacos deportados en su territorio. Los judíos expulsados podían ahora ubicarse donde quisieran, con excepción de las grandes ciudades y las «zonas prohibidas» de la URSS. Herminia, Marcelo y Ana se dirigieron al sur hasta Kazajistán, esperando que las condiciones internacionales mejoraran.

Tras el fin de la guerra regresaron a Cracovia transitoriamente, para preparar su salida hacia la Argentina, donde los esperaba León Emanuel. A principios de 1947 los Diamand Schreiber partieron vía París y finalmente, los cuatro miembros de la familia se pudieron reunir nuevamente en Buenos Aires tras una separación de nueve años. Como los estudios realizados en la URSS no le fueron reconocidos, Marcelo debió rendir libre las materias correspondientes al secundario durante 1948. Al año siguiente presentó los cinco exámenes de ingreso a la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires (UBA), obteniendo la máxima calificación en cada uno de ellos.

En 1951 se casó con Lea Steimberg, con quien tuvo dos hijas: Lidia Beatriz y Mariana Inés. La casa familiar estaba en el barrio de Flores. Casi al mismo tiempo, el joven estudiante compró una propiedad en la zona del Congreso, donde previamente funcionaba una mueblería, e instaló allí su primer taller electrónico dedicado a la fabricación de radios y baterías.

## De ingeniero a empresario

Diamand se recibió de ingeniero en telecomunicaciones con especialidad en electrónica en 1956. Realizó entonces sus primeras publicaciones académicas en la *Revista Telegráfica Electrónica* con tres artículos sobre antenas internas. Al año siguiente comenzó a desempeñarse como profesor de distintas materias del Departamento de Electrónica de la Facultad de Ingeniería, hasta que en 1960 fue designado profesor titular de Radiotecnica III.

En esos años el interés por el desarrollo de computadoras digitales vivía una notable efervescencia en Argentina. Las facultades de Ingeniería y de Ciencias Exactas de la UBA y de la Universidad Nacional del Sur, como el Centro Argentino de Ingenieros (CAI) comenzaron a desplegar proyectos para estudiar y desarrollar equi-

pos de computación propios en el país. Diamand participaba de este impulso desde el Grupo de Estudios de Computadoras de la Facultad de Exactas. Poco después comenzó a funcionar allí el Instituto de Cálculo dirigido por Manuel Sadosky, quien junto con Oscar Varsavsky y Humberto Ciancaglini eran los principales impulsores de la cibernética argentina. En 1957 el CAI organizó un ciclo de conferencias sobre «computadoras electrónicas decimales» que reunió a los científicos nacionales más destacados sobre el tema. El evento tuvo una gran concurrencia y la posterior publicación de los trabajos agotó rápidamente su primera edición, dando cuenta del interés que existía sobre el tema. Marcelo Diamand –que aún no cumplía 30 años– ganó notoriedad porque presentó una computadora experimental de diseño propio para resolver problemas lógicos. En su disertación señaló que la Revolución Industrial, asociada a la aparición de los «cerebros electrónicos», causaría una conmoción similar a la suscitada por el surgimiento de la máquina de vapor: «el hombre, liberado ya del trabajo físico gracias a la máquina, descarga ahora sobre ella la parte rutinaria del trabajo mental» (Diamand 1959, pág. B1). Luego de una introducción general sobre cibernética, explicó el funcionamiento de su computadora: podía resolver problemas de seis condiciones y cinco variables bivalentes, lo que se asimilaba a un sistema de expresiones lógicas de un modelo de ecuaciones algebraicas. Pronto publicó diversos trabajos académicos sobre el tema.

A la vez fue adquiriendo una perspectiva «comercial» sobre los problemas prácticos de la innovación tecnológica en Argentina. En septiembre de 1957, sobre la base del taller montado años atrás, fundó una pequeña empresa electrónica que más tarde llegaría a ser una referencia del sector: Tonomac. La firma, como recordó su fundador, se había iniciado «con tres personas, produciendo radorreceptores portátiles valvulares a batería. El diseño fue propio, ya que el pequeño tamaño ni siquiera permitía pensar en una licencia. Un importante entrenamiento creativo dio la necesidad de reemplazar los materiales faltantes en la primera mitad de la década del cincuenta. Siguió el desarrollo del primer receptor comercial a transistores en Latinoamérica» (Diamand 1976, pág. 31). Desde la antigua mueblería, la fábrica se mudó a la avenida Díaz Vélez, en el barrio de Almagro, donde antes había funcionado una

carpintería metálica. Hacia 1966 era una «típica mediana empresa en pleno ascenso», cuya «planta fabril consistía en dos edificios vecinos, los cuales se comunicaban por unos accesos abiertos en la pared medianera» (Valle 2011, pág. 115). Las distintas versiones de las exitosas radios *Lark* y *Platino* ubicaron a Tonomac en un lugar destacado del rubro electrónico (a principios de la década de 1970 se enorgullecía de ser «la primera –y más grande– fábrica de radios a transistores de la Argentina»).[1] La empresa contaba entonces con un plantel de 400 trabajadores (incluyendo un departamento de diseño a cargo del destacado diseñador Hugo Kogan) y había incorporado la fabricación de televisores a transistores con tecnología de diseño propio. Tonomac fue un ejemplo del avance de un proceso de industrialización que demandaba y hacía posible la creciente integración de la producción local (Odisio y Rougier 2021).

### De empresario a economista

El estudio de los sistemas multicausales como las preocupaciones derivadas de su actividad como empresario lo impulsaron cada vez más hacia la economía. En 1962, según su propio relato, fundó el Movimiento Soluciones Económicas, «cuando un grupo de empresarios y profesionales, que no encontraba soluciones satisfactorias a la gran crisis económica de aquella época, decidió unir sus fuerzas a fin de investigar a qué se debía y cómo podía ser superada».[2] Fue la primera, mas no la última, institución que creó para dar difusión a sus ideas y propuestas. Bajo los auspicios del Movimiento, Diamand publicó ese mismo año su primer trabajo económico: *El milagro alemán y nuestra libre empresa*. Luego proyectó un libro titulado *La crisis económica argentina* del que publicó dos secciones en 1963: *El Fondo Monetario Internacional y los países subdesarrollados* y *La situación económica actual*.

[1] «*Lark II*. El compañero» (publicidad), *Gente*, n.º 310, 01/07/1971, pág. 82.

[2] «Centro de Estudios de la Realidad Argentina» (folleto), s/f, Fondo Documental Marcelo Diamand-Centro de Estudios de Historia Económica Argentina y Latinoamericana, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires (FDMD-CEHEAL). En este Fondo, donado por la familia, se resguardan para su preservación y consulta numerosas publicaciones y trabajos inéditos de Diamand (<https://ceheal.economicas.uba.ar/diamand/>).

Ya en estos trabajos planteó algunas de las nociones y preocupaciones que acompañarían su producción intelectual en las siguientes décadas. Su propuesta se vinculó con la crítica que entonces comenzaba a desplegarse sobre los modelos macroeconómicos convencionales (como el de Salter-Swan), que preveían que la devaluación permitía reequilibrar el balance externo sin sacrificar el nivel de actividad. Este resultado no se observaba en la experiencia argentina, donde –al primar el efecto ingreso sobre el efecto precio– la alteración del tipo de cambio generaba una recesión inflacionaria; ello condujo a la elaboración de la «teoría de la devaluación contractiva», cuyos primeros desarrollos se pueden fechar hacia 1963, de la mano de Carlos Díaz Alejandro y Aldo Ferrer. Aunque no suela ser reconocido, los trabajos de Diamand de ese mismo año lo sitúan junto a esos pioneros de lo que más tarde cristalizaría en el afamado modelo de *stop and go* (Rougier y Odisio 2017).<sup>[3]</sup>

A partir de allí, la atención dedicada a los estudios económicos fue opacando la relevancia otorgada a su profesión universitaria original; en otras palabras, Diamand se fue transformando cada vez más en un economista profesional.<sup>[4]</sup> Por lo demás, sostuvo una visión amplia de los problemas económicos del país y su notorio esfuerzo por incorporar elementos políticos, sociales, culturales e ideológicos en todos sus análisis. El acercamiento a la economía se manifestó también en la profundización de sus intercambios y vínculos personales con destacados referentes del campo (por ejemplo, con Aldo Ferrer, a quien lo unió una duradera amistad desde que se conocieron en 1964), mientras se producía un notable y rápido proceso de profesionalización, del cual también fue partícipe (Arana 2024; Mason y Rougier 2023). De hecho, a principios de ese año, Diamand participó como el representante argentino en una reunión de la CEPAL en Brasilia, donde se propuso fijar

---

[3] La literatura sobre el modelo *stop and go* es copiosa. Su presentación más famosa es la de Braun y Joy (1968).

[4] Mucho después, Diamand (1989a, pág. 88) explicó que «desde la crisis de 1962-1963, empalmando con algunos conocimientos de ciencias sociales que tenía, me puse a investigar los temas macroeconómicos, lo cual por el tiempo que le dedico se convirtió al fin en mi profesión. De ahí que un poco en chiste, suelo definirme como un ex ingeniero».

una posición latinoamericana común para la naciente UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo), encabezada por Raúl Prebisch (CEPAL 1964).

En 1966 la Cámara Argentina de Industrias Electrónicas (CADIE), fundada por el propio Diamand, elaboró un proyecto de régimen de *drawback* generalizado para fomentar las exportaciones industriales. Se trataba, en su opinión, de la única manera de quebrar la limitación que por casi veinte años había paralizado a la economía nacional. Una vez que la sustitución de importaciones había llegado a su límite, la expansión industrial había quedado supeditada a la disponibilidad de divisas. Por eso, consideraba que si la industria lograba financiar –al menos en parte– sus necesidades de recursos externos, se podría acelerar el crecimiento económico. El régimen promocional entonces vigente solo reintegraba el costo de los recargos aduaneros incurrido en la importación de insumos por parte de las industrias exportadoras, resultando limitado y contraproducente según el análisis de la CADIE. La contrapropuesta era compensar todos los sobrecostos de la industria nacional (no solo los causados por los aranceles), para adecuarlos a los precios relativos internacionales.

Diamand consideraba, al igual que Guido Di Tella o David Felix (un economista estadounidense que había estado varias veces en el país), que en Argentina las industrias más eficientes eran aquellas que demandaban «una inversión de capital relativamente baja y un alto ingrediente de mano de obra técnica y especializada».<sup>[5]</sup> Sin embargo, «aunque su eficiencia propia llegase a ser excepcionalmente alta, sus precios en gran medida están determinados por la elevada estructura de costos de las etapas que anteceden».<sup>[6]</sup> Es decir, la interrelación entre los distintos sectores hacía que las distorsiones «aguas arriba» atentaran contra la posibilidad de exportar de cualquier rama; la única manera de lograrlo era mediante la rebaja de costos en todos los eslabones, desde la obtención de

---

[5] Algunos sectores industriales que Diamand identificaba en etapas avanzadas eran la fabricación de máquinas-herramientas, de instrumental, electrónica, la matricería o de construcción de barcos.

[6] Marcelo Diamand, «El régimen de *drawback* generalizado y las exportaciones industriales», *El Cronista Comercial*, 09-10/09/1968 (copia mecanografiada del FDMD-CEHEAL).

materias primas en adelante. La mejor alternativa para fortalecer la eficiencia industrial era, en consecuencia, la ampliación de mercados, alcanzable mediante una correcta política de fomento de exportaciones, que atacara a la restricción externa de frente, por ejemplo, a través de una «devaluación compensada», como la adoptada por el programa de Krieger Vasena en 1967.

El grado de maduración industrial alcanzado en el país planteaba como únicas alternativas la profundización de la sustitución de importaciones o la búsqueda de nuevas exportaciones. Para evaluar las externalidades y costos de los esquemas promocionales en una y otra opción, Diamand señalaba que «en el primer caso, el grado de integración alcanzado por la industria local hace que lo que falte sustituir sean, en su mayoría, las materias primas de alta inversión de capital y de bajo poder ocupacional, donde, además, aparece un encarecimiento del producto sustituido con respecto al precio internacional, que es, en realidad un costo que afronta la economía por el ahorro de divisas». Consideraba que «en la decisión política siempre ha gravitado menos el monto del apoyo estatal que su forma», lo que había generado profundas distorsiones de la estructura productiva: era más fácil establecer medidas de protección a las importaciones que apoyos a la exportación. Por ende, se había incentivado la sustitución a cualquier costo cuando se podría haber reconvertido en exportadoras a algunas de las industrias ya existentes con una fracción del costo de los subsidios y apoyos otorgados a la industria sustitutiva.

Por ese entonces, Diamand estaba madurando uno de sus conceptos fundamentales: el de «estructura productiva desequilibrada» (EPD). La notoria presencia de sus ideas en el ámbito intelectual y político lo llevaría a ser uno de los más destacados exponentes de lo que hemos denominado como la «conciencia industrial-exportadora» (Rougier y Odisio 2017). En breve, se trató de la emergencia de un relativo consenso entre los economistas argentinos de mediados de los años sesenta que sostenía que la forma de romper con el estancamiento de la economía nacional era avanzar con la exportación manufacturera.

Uno de los puntos más penetrantes en el despliegue de esa «conciencia» se produjo en septiembre de 1966, cuando el Centro de Investigaciones Económicas del Intitulo Di Tella patrocinó una

reunión internacional sobre «Estrategias para el sector externo y desarrollo económico» en la que participaron destacados economistas del país y del exterior. Poco después, en 1968, Diamand tuvo la iniciativa de crear el Centro de Estudios Industriales, desde donde fue parte fundamental del debate de esos años acerca de la estrategia económica a seguir. La presentación en sociedad del Centro incluyó un ciclo de conferencias que reunió a varios de los intelectuales más destacados sobre el desarrollo y la cuestión industrial de la época: Di Tella, Ferrer, Jorge Sabato, entre otros, que continuaron y profundizaron el debate iniciado en el Instituto Di Tella. La primera exposición fue la del propio Diamand, acerca de la estrategia global necesaria para profundizar el desenvolvimiento industrial del país. Ese trabajo, junto con otros dos artículos del año siguiente conformaron, según sus propias palabras, una «unidad conceptual en su estudio sobre las características no convencionales de la estructura productiva argentina» (Diamand 1969b, nota 1) y desplegó allí las categorías fundamentales que sustentarían luego sus trabajos más conocidos como la de la EPD y el argumento en favor de un tipo de cambio múltiple para facilitar la salida exportadora de la industria.<sup>[7]</sup>

En primer lugar, como casi todos los analistas de la época, Diamand destacaba que la alternativa de avanzar en la orientación autárquica de la industrialización por sustitución de importaciones había sido equivocada. La industrialización «hacia adentro» implicaba que, en la medida en que se pasaba de la fabricación de bienes finales a nuevas materias primas, productos intermedios y bienes de capital, los precios industriales tendían a elevarse cada vez más. El incremento de la productividad ganado con la mayor producción se veía superado por un efecto opuesto, asociado al

---

[7] Héctor Valle recordó haberle preguntado por la influencia del polaco Michal Kalecki en sus propuestas; pero Diamand negó conocer sus escritos, al igual que los de otros autores marxistas. Sin embargo, muchos de esos autores y propuestas formaban parte del clima de época y estaban presentes en otras lecturas e intercambios que sí reconocía explícitamente, como su «economista de cabecera», John M. Keynes. También se concentraba en el estudio de la obra de keynesianos como Joan Robinson y denotaba una lógica atracción por los escritos de Joseph Schumpeter (Valle 2011, pág. 117).

inicio de la sustitución en nuevas ramas, cuyos mayores costos se propagaban hacia toda la estructura industrial.

En esto Diamand no hacía más que retomar una formulación entonces usual entre los economistas al indicar que la estrategia ISI tenía «rendimientos decrecientes». Los efectos negativos originaban que fuera cada vez más dificultoso mantener el ritmo de sustitución para compensar la creciente demanda de divisas. Dado que la exportación de bienes agropecuarios se encontraba limitada, era inevitable caer repetidamente en crisis del balance de pagos, que desataban como respuesta la alteración del tipo de cambio. A diferencia del proceso en los países industriales, el ajuste se producía por vía de la recesión. Para explicarlo, Diamand diferenciaba entre industrias «sustitutivas», en sentido estricto, de las industrias «para el consumo interno». Las primeras se referían a aquella producción local que reemplazaba anterior importación y permitía un efectivo ahorro de divisas. Pero el proceso de industrialización no se había limitado a estas ramas, sino que en parte importante se había desplegado hacia productos que antes no se adquirían en el exterior y por ende no disminuían el coeficiente de importaciones. Se planteaba entonces un «dilema» en la estrategia de desarrollo: «el país crece internamente, pero su capacidad de generar divisas no crece en proporción, déficit que tampoco alcanza a ser compensado por la sustitución de importaciones. Como consecuencia, la tendencia al desequilibrio externo se materializa en formas de periódicas crisis de la balanza de pagos» (Diamand 1969b, pág. 38). Frente al ahogo de divisas, los distintos gobiernos habían frenado el ritmo de crecimiento mediante políticas monetarias astringentes, que afectaban la inversión. El déficit externo obligaba a devaluar el tipo de cambio, lo que desataba la inflación incluso en un contexto de restricción monetaria. La iliquidez consecuente, como la redistribución regresiva del ingreso, afectaban a la demanda y finalmente la recesión volvía a poner las cuentas externas en orden.

En definitiva, como había señalado en sus trabajos de 1963, Diamand explicaba que, dado que las actividades industriales demandaban divisas que no producían, la forma de alcanzar el equilibrio era mediante la crisis y no mediante el mero cambio de los precios relativos, como mostraban los modelos de *stop and go* entonces en plena eclosión (Fiszbein 2015). El ajuste que desencadenaba la

modificación del tipo de cambio en los países «en transición» provenía de la recesión, que disminuía la demanda de importaciones y liberaba saldos exportables por efecto ingreso.

Diamand distinguía dos mecanismos para inducir la recesión, y en este punto extendía claramente los resultados obtenidos en sus análisis previos: si existía control de cambios la operatoria resultaba evidente, ya que al restringirse las importaciones la actividad industrial debía frenarse, pero bajo un régimen libre de cambios el ajuste se daba por mecanismos monetarios indirectos. La devaluación daba pie a lo que denominaba «inflación cambiaria», un tipo especial de inflación de costos y opuesta a la inflación de demanda: «mientras el diagnóstico tradicional atribuye todo fenómeno inflacionario al exceso de demanda con respecto a la oferta global, aquí estamos en presencia de una causación inversa. El origen del proceso es el desequilibrio de la balanza de pagos y la inflación del tipo que señalamos es el efecto de las medidas que se toman a raíz de ese desequilibrio» (Diamand 1968, pág. 33).

En términos generales, planteaba que podían pensarse tres tipos de limitación al crecimiento industrial: una «clásica» que ponía el acento en la oferta –problemas para expandir la capacidad productiva–; la que provenía de una débil demanda interna, que no ofrecía absorción suficiente para aprovechar los recursos disponibles (problemática que asociaba al pensamiento keynesiano) y finalmente una perturbación más novedosa: el estrangulamiento externo, que configuraba un cuello de botella particular sobre un insumo esencial, las divisas.

Diamand sostenía que la primera orientación era la que tenía mayor influencia en el país, repetida por los medios de comunicación y recomendada por los organismos internacionales. Como esa perspectiva adjudicaba los problemas externos a desórdenes internos, las medidas se orientaban exclusivamente a su «saneamiento», que desembocaba siempre en una recesión. En vez de aplicar medidas para mejorar la *performance* del balance de pagos, los objetivos de esa política económica eran detener la inflación, eliminar las «ineficiencias» y redistribuir el ingreso para incrementar el ahorro. Tampoco el esquema keynesiano resultaba adecuado, ya que «de manera simplista» centraba el problema en la falta de consumo. Al fomentar la actividad interior sin medidas integrales

para el sector externo terminaba cayendo en el déficit del balance de divisas y el agotamiento de las reservas internacionales, que se enfrentaba con medidas improvisadas.

La aplicación de uno y otro esquema había dado pie a «oscilaciones periódicas entre medidas suicidas por un lado y medidas improvisadas y deformantes por el otro» (Diamand 1968, pág. 49). Frente a una y otra alternativa, la política económica debía orientarse más bien a garantizar el crecimiento interno, velando que no fuera interrumpido por el faltante de divisas y «al mismo tiempo lograr que *el costo económico del equilibrio externo en términos de eficiencia y racionalidad de la estructura productiva interna sea el menor posible*» (Diamand 1968, pág. 47, énfasis en el original). En ese sentido, sostenía que la política para superar los problemas debía enfocarse en medidas que mejoraran la posición externa. Con tal fin, dividía su proyecto en cinco puntos: control sobre el gasto de divisas; promoción de nuevas actividades que proveyeran o ahorraran divisas; expansión de las actividades tradicionales de exportación; transformación de actividades destinadas al consumo interno en industrias exportadoras y reestructuración del régimen cambiario e impositivo para sostener una expansión exportadora industrial sin sacrificio del crecimiento interno.

### **La «estructura productiva desequilibrada»**

Diamand introdujo entonces un concepto que sería clave en su pensamiento y en su propuesta específica para el sector industrial: el de «estructura productiva desequilibrada» donde coexistían dos sectores con productividades y precios relativos muy distintos (Diamand 1969a). La elevada fertilidad pampeana permitía exportar a precios competitivos mientras que la industria tenía precios superiores a los internacionales y debía orientar su producción exclusivamente hacia el mercado interno, fuertemente protegido por barreras arancelarias. Dado que los países fijaban su tipo de cambio en función de los costos y precios del sector exportador, la industria –por su menor productividad relativa– quedaba en posición desventajosa frente a la competencia extranjera. En consecuencia, la política industrializadora había debido acompañarse

indefectiblemente de una elevada protección contra las importaciones.

Como es evidente, el argumento guarda proximidad con el concepto de «heterogeneidad estructural», propuesto en esos años por Aníbal Pinto para precisar la configuración de los países latinoamericanos, caracterizados por grandes diferenciales de productividad relativa (Valenzuela Feijóo 2022). Asimismo, el planteo de la EPD se vincula a lo que posteriormente se llamó la «enfermedad holandesa», al señalar la disparidad entre precios relativos internos bajo un tipo de cambio apreciado. El propio Diamand colocó a la EPD bajo esa perspectiva años más tarde:

«Tuvieron que transcurrir muchos años para que la existencia de estas estructuras productivas penetrara en la literatura económica. Pero, curiosamente, este proceso no se operó a partir de un progreso en el conocimiento de la realidad de los países en desarrollo, sino debido a que estructuras productivas similares aparecieron en algunos de los países industriales, cuya realidad tiene el privilegio de moldear las modas intelectuales y encontrar cabida en la literatura con mucha mayor facilidad que la nuestra. En efecto, a raíz de la explotación de petróleo y gas natural en estos países, también en ellos aparecieron estructuras productivas formadas por un sector primario de alta productividad y un sector industrial de una productividad relativa menor, dando lugar a la aparente ineficiencia industrial y a la restricción externa. El fenómeno se conoce como enfermedad holandesa» (Diamand y Crovetto 1988, pág. 38)

En un homenaje *post mortem*, Ferrer expresó que justamente allí se encontraba uno de los aportes centrales de su pensamiento. Estudiando los problemas económicos argentinos, el ingeniero había logrado adelantar los rasgos fundamentales de la «enfermedad holandesa»:

«La *enfermedad* de la apreciación cambiaria es, en efecto, un mal que afecta a los países periféricos especializados en la producción y exportación de bienes fundados en sus recursos naturales. Se trata, por lo tanto, como diría Raúl Prebisch, de una *enfermedad periférica*. Una contribución fundamental de Diamand fue el análisis de esta “enfermedad” en la economía argentina y, a

partir de allí, de una estrategia de industrialización y desarrollo económico» (Ferrer 2011, pág. 22).<sup>[8]</sup>

Diamand sostenía que al decidirse avanzar con la industrialización en un país que era eminente exportador de productos primarios no solo se creó una estructura de precios distinta a la vigente en los mercados internacionales, sino que por un proceso de «causación acumulativa» se fueron amplificando los desequilibrios y, por ende, la divergencia respecto a la situación postulada como típica por el pensamiento económico tradicional. La respuesta lógica era terminar con el tipo de cambio único que impedía exportar a los sectores de menor productividad relativa. Era cuestión de equiparar la situación de las importaciones con la de las exportaciones. La industria gozaba de numerosos aranceles que adecuaban la paridad cambiaria a la productividad internacional relativa del sector, pero ese esquema de protección –en principio, de carácter excepcional– resultaba contradictorio. Al socavar la posibilidad de realizar exportaciones manufactureras, reafirmaba la «excepcionalidad» de las actividades protegidas, que solo podían sobrevivir tras esas barreras arancelarias:

«La contradicción entre una estructura productiva industrial considerada “ineficiente” y la imposibilidad práctica de terminar con esta “ineficiencia” lleva a un manejo cambiario “vergonzante”, el que se realiza mediante una estructura disimulada de cambios importadores, también vergonzantes (...). Dentro de un vacío total creado por falta de directivas, el manejo de derechos de importación se rige por presiones sectoriales y por la ideología de los funcionarios de turno, frecuentemente en contradicción con objetivos explícitos de la política económica. Se cae así en el peor procedimiento de todos: en un régimen cambiario improvisado, incoherente y asimétrico que no solo impide crecer a la economía, sino que de hecho impulsa a una ineficiencia cada vez mayor y a desequilibrios cada vez más pronunciados de la estructura productiva» (Diamand 1972b, pág. 46)

---

[8] Como se desprende del análisis de Dvoskin y Feldman (2015), en rigor podría entenderse a la EPD como el reverso de la llamada «enfermedad holandesa». Los países industrializados que enfrentan dicha «enfermedad» sufren presiones sobre el tipo de cambio que los impulsa hacia la reprimarización; el caso que analiza Diamand se trata, en cambio, del resultado de la política aplicada en países agrarios en procura de su industrialización (aunque el resultado sea el mismo).

El problema era que estos «pseudocambios» ofrecían solo una solución parcial, ya que establecían una estructura asimétrica: actuaban sobre las importaciones, pero las exportaciones debían seguir operando sobre el tipo de cambio correspondiente a la paridad fijada para el sector primario, fuertemente apreciada. Reconocía a Di Tella el haber alertado insistentemente sobre esa situación contradictoria y añadía que «es esta asimetría cambiaria la que imposibilita el desarrollo de las exportaciones industriales, obliga a seguir el camino autárquico y lleva al callejón de la política sustitutiva, caracterizado por la imposibilidad de autofinanciar en divisas el desarrollo y por periódicas crisis que tienden a desindustrializar el país» (Diamand 1972b, pág. 41).

La solución pasaba por adoptar una «devaluación compensada», reconociendo las proposiciones que antes habían planteado tanto Raúl Prebisch como Nicholas Kaldor.<sup>[9]</sup> Para este autor poskeynesiano la limitación a la exportación de manufacturas de los países atrasados radicaba más en la esfera de la comercialización que en su producción. La base de estos argumentos podía retraerse a los aportes de otros autores que, como el propio Prebisch y otros economistas del desarrollo, venían discutiendo las ventajas de la industrialización desde hacía décadas. Desde su primera visita a Santiago de Chile en 1956, se podían percibir «claros signos» de la «afinidad de Kaldor con la escuela estructuralista de la economía del desarrollo» (King 2009, pág. 116, traducción propia).

De los trabajos de Kaldor (1963, 1964b) –resultado de una nueva visita a la CEPAL– se derivaban recomendaciones muy similares a las que Diamand comenzaría a postular poco después, por lo que vale la pena detenerse en ellas. Señalaba el aquincense que tanto por el aprendizaje dinámico en la actividad industrial como por la existencia de desempleo encubierto, estos eran motivos independientes y suficientes para apoyar la política de industrialización latinoamericana. Un punto clave de su argumento era que la política de desarrollo había tendido a imponer aranceles para elevar los precios relativos industriales, en vez de establecer subsidios para disminuir sus costos. Desde el punto de vista de la redistribu-

---

[9] La necesidad de adopción de la devaluación compensada había sido defendida por el propio ingeniero desde 1966; cfr. Diamand (1969a, nota 14) y Valle (2011, pág. 114).

ción de ingresos el resultado era equivalente (elevación de precios manufactureros en relación con los primarios) pero no así en sus «consecuencias para el desarrollo económico». Porque «en un caso, la estructura interna de *precios* se adapta a la estructura *interna* de costos, mientras que, en el otro, la estructura interna de *costos* se adapta a la estructura *externa* de precios» (Kaldor 1964b, pág. 216, énfasis en el original). De esta manera, la industria se había expandido hacia el mercado interno, protegida por ese margen diferencial, pero había quedado incapacitada para exportar por sus elevados precios y, por lo tanto, su evolución quedaba constreñida por el crecimiento del ingreso nacional global, regido por el sector primario en última instancia.

Esta política generaba la «paradoja aparente» de que la industrialización sustitutiva provocaba una demanda creciente de importaciones. La producción en nuevos sectores necesitaba insumos y maquinarias no producidas en el país, mientras parte del crecimiento del ingreso (salarios y beneficios) se desviaba hacia la demanda de importaciones. El inevitable desequilibrio comercial era visto como una señal de atraso cambiario. La «analogía falsa» entre países industrializados y primarios llevaba al FMI, por ejemplo, a proponer como solución la devaluación que, sin embargo, no daba respuesta al problema de fondo porque generaba una presión inflacionaria (al subir los precios de los alimentos) que anulaba el posible efecto expansivo sobre las exportaciones industriales. Kaldor destacaba que, de hecho, esto había sucedido en Argentina con la modificación del tipo de cambio de abril de 1962. La solución era establecer un «sistema de tipos de cambio duales».<sup>[10]</sup> Propone establecer un segmento controlado en el que se liquidarían las divisas de las exportaciones tradicionales y las importaciones consideradas esenciales; por el segmento libre se liquidarían los ingresos de las exportaciones industriales, que se subastarían para sustentar las importaciones restantes. Como alternativas, se podía establecer una devaluación general con el establecimiento de derechos a la exportación tradicional o, sin alterar el tipo de cambio,

---

[10] Significativamente, esta propuesta guardaba notable similitud con el esquema establecido en el Plan de Acción Económica Nacional presentado en Argentina en noviembre de 1933, en el que Prebisch había tenido participación destacada (Odisio 2023).

fijar impuestos a las exportaciones primarias cuyos recursos se debían utilizar para subvencionar las exportaciones industriales. También podían equilibrarse los aranceles protectores con subvenciones a las exportaciones de manufacturas, que era similar al establecimiento de un tipo de cambio dual.

Además de las referencias a Prebisch y Kaldor, Diamand señaló que en 1967 Daniel Schydrowsky había elaborado «un proyecto simultáneo e independiente de la reforma» (Diamand 1969a, pág. 48). En efecto, este economista peruano había realizado dos trabajos acerca de las medidas de política económica que podían sustentar la expansión de las exportaciones industriales (Schydrowsky 1967a, 1971b). Diamand se valdría de ellos para demostrar la validez de sus propuestas (además establecería una relación de estrecha amistad con su colega de Harvard). Con base a esos trabajos, planteaba la posibilidad de utilizar varios esquemas cambiarios posibles (reforma cambiaria, *drawbacks* generalizados o «reintegros simétricos»).

Por otra parte, también dentro de su impugnación de las «concepciones erróneas» de los economistas, el ingeniero insistía en diferenciar entre la insuficiencia de ahorro y la de divisas: «Se trata de dos fenómenos totalmente distintos; en un caso se trata de la capacidad de financiar inversiones internas y en el otro de la capacidad de financiar las importaciones, sean estas destinadas a la inversión o al consumo, indistintamente» (Diamand 1968, pág. 37). Y agregaba que «el déficit de balanza de pagos puede darse a niveles inferiores que los de pleno empleo de los recursos, por causas ajenas a la insuficiencia de ahorros: el país puede tener una alta tasa de ahorro, potencialmente suficiente para financiar las inversiones que desea realizar, pero carecer de divisas para llevar a cabo este objetivo» (Diamand 1969b, pág. 65).

Entre agosto y diciembre de 1972 el Instituto para el Desarrollo Empresarial de la Argentina (IDEA) propició la realización de un ciclo de conferencias para discutir la «Argentina posible» en el explosivo contexto político de la época. Las charlas, organizadas por Félix Luna, reunieron a intelectuales de «reconocido prestigio» y Diamand fue uno de sus participantes. Allí sumó el análisis de una postura «frigerista» (por Rogelio Frigerio) para señalar que ninguna de las tres corrientes ideológicas predominantes en el país reconocía las verdaderas limitaciones del crecimiento argentino.

«Para la corriente liberal, los factores son: el déficit fiscal, excesivo afán de consumo de la población, insuficiencia del ahorro. Para la corriente populista o popular, el problema radica en la explotación del país por parte de los demás países. Para la corriente que podríamos llamar “frigerista”, es la insuficiencia de la industrialización del país» (Diamand 1973, pág. 232).

En el caso de países «en desarrollo» (como la Argentina) consideraba que los conceptos económicos dominantes eran derivaciones del pensamiento clásico inglés, lo que empeoraba el panorama con una «doble inadecuación». Con esto quería decir que «las ideas utilizadas, además de ser obsoletas en el tiempo», eran inadecuadas desde el punto de vista geográfico, por ser ajenas a la realidad nacional. Resonaba en sus argumentos lo acusado por Prebisch desde sus años de estudiante (Odisio 2022). Para Diamand, las características de la economía argentina eran, en cambio, propias de los países exportadores primarios en proceso de industrialización. Su «fenomenología» conducía al

«hecho paradójico de que la Argentina, con más de 1 000 dólares *per capita*, en la Conferencia de las Naciones Unidas se alinea con todo el mundo en desarrollo, es decir, con países que tienen 200 o 100 dólares *per capita* y esto es porque tiene el mismo tipo de problemas, aunque su nivel de desarrollo sea distinto. Y esto se debe a que comparte su peculiar estructura productiva primario-industrial» (Diamand 1973, pág. 268).

Diamand daba un paso más al plantear el papel de las teorías económicas como instrumentos de poder:

«Resulta que este divorcio entre las ideas y la realidad es propio de todas las ciencias. Pero en las ciencias sociales y particularmente en la economía la cosa se agrava porque, además, todas las teorías económicas son herramientas de poder. Las teorías económicas determinan la acción económica y esta determina la distribución de la riqueza y del poder entre los sectores y entre los países» (Diamand 1973, pág. 235).

Una vez más, fundamentos ideológicos y sociales entraban en juego con la discusión sobre la economía (política). Más aún, terminaba su exposición advirtiendo que «la inversión del modelo intelectual es prácticamente una condición previa a una solución integral del problema del cuello de botella, el cual no solamente es

nuestro, sino de otros países similares» (Diamand 1973, págs. 237-238). Una vez reconocido esta limitación básica, se podía diagramar una estrategia para atacar el problema externo, que debía considerar la readecuación de la política de importaciones, de exportaciones industriales y agropecuarias, el movimiento financiero y la inversión a largo plazo.

En línea con el alejamiento respecto a los preceptos de la teoría convencional, planteaba distintos argumentos a favor de una mayor industrialización del país. Decía que

«el desarrollo industrial de los países como la Argentina significa un abandono deliberado de las ventajas comparativas, la creación de un desequilibrio dentro de la estructura productiva y la promoción del crecimiento industrial, o sea la promoción del crecimiento del sector de una productividad relativa menor» (Diamand 1972b, pág. 40).

Las actividades industriales, por su mayor complejidad productiva y en comparación con las primarias, dependían de manera mucho más estrecha del nivel de capitalización tecnológico-social. En otras palabras, el grado de desarrollo era el que explicaba la eficiencia industrial y no a la inversa.

Por el contrario, en el «mundo real» se verificaban condiciones que volvían inválidas las recomendaciones del libre comercio y de la división del trabajo internacional de acuerdo con las ventajas comparativas estáticas. Resultaba viable y benéfico encarar una política de industrialización que diera empleo a todos los factores productivos disponibles. Mientras ello no afectara la producción primaria, implicaba una asignación más eficiente de recursos. Las ventajas comparativas debían entenderse en un sentido dinámico (nuevamente en línea con las ideas –entonces novedosas– de Kaldor 1966), por lo que la industrialización permitía elevar, con el tiempo, no solo la productividad del propio sector sino de toda la economía, propiciando una mejor distribución del ingreso y la modernización social. Profundizando esa línea de argumentación, Diamand realizó poco después una fuerte defensa en favor del impulso industrializador que no se fundamentaba en los límites que encontraba la expansión del sector primario ni en los problemas del mercado de trabajo, sino en el que la productividad industrial

dependía del propio grado de industrialización (otro argumento kaldoriano).

En la práctica, la propuesta analítica de Diamand partía de considerar la prevalencia de una elevada dispersión de productividades al interior del sector manufacturero, retomando lo señalado por los estudios de la CEPAL desde mucho antes. Frente a ello, la política industrial debía tomar un patrón de referencia para definir un nivel mínimo de productividad, a partir del cual se debían apoyar las nuevas inversiones. Desde el punto de vista de la eficiencia en la asignación de los recursos la situación óptima debía ubicarse en el punto donde los incentivos a la sustitución de importaciones fueran equivalentes a los de la promoción de exportaciones. No obstante, Diamand adoptaba un punto de vista pragmático, ya que también admitía como válidos otros argumentos. El límite para la sustitución podía definirse por consideraciones acerca de la capacidad de la industria básica para generar desarrollos tecnológicos autóctonos; cuestiones político-estratégicas; la seguridad de contar con un mercado interno más desarrollado, que fuera menos inestable que el de las exportaciones; la posibilidad de contar con una mayor especialización en industrias capital-intensivas que además estuvieran orientadas hacia los mercados regionales, en línea con los postulados del «modelo integrado y abierto» de Ferrer; entre otras razones igualmente válidas (Rougier y Odisio 2012). Por todo ello, Diamand pensaba que el balance entre la promoción de industrias sustitutivas y exportadoras se inclinaría hacia las primeras; teniendo que ser tomada esta decisión a nivel político en última instancia.

Entre otras cuestiones significativas, Diamand se ocupó en repetir la diferencia entre ahorro y disponibilidad de divisas. Desde allí, criticaba vigorosamente la alternativa que planteaba recurrir al financiamiento externo como solución a los problemas económicos argentinos. Alertaba que la opción del endeudamiento, tarde o temprano, conduciría a una situación insostenible propiciando que se disparase una corrida cambiaria: «aunque en términos de “capitales” pudiera producirse un endeudamiento “sano”, en términos de divisas se está operando un endeudamiento desequilibrante» (Diamand 1969b, pág. 48). El problema era mayor para aquellos países «en proceso avanzado de industrialización». Al recorrer ese

proceso, si los aportes externos no generaban nueva capacidad exportadora, se mantendría incólume el «déficit externo estructural» y las crisis del balance de pagos se repetirían inevitablemente.

Tras diez años de trabajo, en 1973, estas ideas fueron reunidas en el libro que aquí se reedita: *Doctrinas económicas desarrollo e independencia. Economía para las estructuras productivas desequilibradas: el caso argentino*. Sin duda este trabajo sería el principal aporte de Diamand al pensamiento económico nacional (más allá de su extensión) fundamentalmente por la resonancia de las ideas allí condensadas, que perdura hasta la fecha. La propuesta analítica de la EPD tuvo considerable impacto entre los economistas de la época, aunque su libro atacara las que consideraba que eran los cuatro esquemas (erróneos) que primaban en la comunidad académica local y daban respectivamente forma a propuestas (inadecuadas) de política económica: liberalismo, nacional-populismo, frigerismo y marxismo. Además de los autores ya mencionados con los cuales Diamand estableció diálogo (Ferrer, Schydrowsky, Felix, Di Tella, etcétera), Juan Carlos de Pablo fue uno de sus seguidores más consecuentes.

Años más tarde, rememoraría el comienzo de la «profunda amistad» forjada con el ingeniero, indicando que «aprendí mucho leyendo buena parte de lo que escribió (en particular, leí de punta a punta su *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia*), así como manteniendo con él innumerable cantidad de jugosas discusiones» (De Pablo 1995). En la reseña que el entonces economista jefe de FIEL publicó de *Doctrinas económicas* en la revista *Desarrollo Económico* destacó –más allá de algunas observaciones puntuales– la originalidad de la obra, en la que si bien se retomaban planteos que eran conocidos entre la comunidad económica argentina desde hacía una década, era profundamente novedosa porque Diamand «es el único autor que no se queda en un mero reconocimiento del problema (o la consideración del sector externo como un problema más) sino que construye *todo* el esquema de política económica general a partir de la existencia de restricción externa, y para mí la diferencia es fundamental» (De Pablo 1974a, pág. 20, énfasis en el original). El mismo año, De Pablo intentó formalizar el funcionamiento de corto plazo de la EPD. Las ecuaciones de su modelo buscaban determinar el nivel de ingreso frente a la restricción ex-

terna, anticipar las consecuencias ante distintas alternativas de política económica y los resultados en términos de distribución del ingreso (De Pablo 1974b, pág. 1).

En 1975 Diamand fue invitado al Center for Latin American Development Studies de la Universidad de Boston (fundado tres años antes por el también emigrado cracoviano, Paul Rosenstein-Rodan y adonde estaba Schydrowsky). En el seminario que dictó, se planteó tres objetivos principales: ofrecer un resumen de las ideas desarrolladas durante más de diez años sobre las limitaciones económicas de los «países exportadores primarios en proceso de industrialización»; enfatizar el conflicto que en esas economías se desataba entre fuerzas de mercado y distribución del ingreso y, lo más original en ese contexto, explicar la combinación de inflación y recesión (estanflación) que afectaba a las economías de los países centrales después de la primera crisis del petróleo recurriendo a algunas de esas propuestas analíticas.<sup>[11]</sup>

Una novedad de su propuesta fue la de recurrir a la noción de «paradigma», del filósofo de la ciencia Thomas Khun, para explicar los desfases entre los modelos teóricos de los economistas y la realidad económica. El «caso más notable» había sido la tardanza en la incorporación de la posibilidad del desempleo permanente, que había demorado más de 100 años en ser legitimado por el pensamiento económico; esto es, hasta la crítica de Keynes a la ley de Say. Lo mismo había sucedido con la inflación de costos, y aunque para entonces todavía no había sido del todo aceptada por la economía «institucionalizada», ya había aparecido un nuevo tipo de inflación recesiva, asociada –según Diamand– con los estrangulamientos de la estructura productiva. Su propuesta incluso llegó a ser citada en manuales de macroeconomía en Estados Unidos, entendiéndola como la generalización del análisis de la «inflación estructural» cepalina para indicar en qué condiciones podía afectar también los precios en países desarrollados (Morley 1984, pág. 216).

---

[11] Poco después este extenso artículo fue publicado en las revistas *Económica* y *Estudios Internacionales* (Diamand 1977b). La versión en inglés apareció al año siguiente en el *Journal of Development Economics*.

## Las ideas en acción

Como derivación de su desempeño como empresario, durante la segunda mitad de los años sesenta, Diamand comenzó a incorporar la cuestión tecnológica a sus análisis económicos. Esta preocupación, que había estado presente desde mucho antes en su práctica como docente e investigador universitario, tomó relevancia en sus ideas luego de entrar en contacto con Jorge Sabato, quien trabajaba en la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA). De hecho, en 1967 los dos intelectuales crearon un «Foro de discusión y reflexión colectiva interdisciplinaria» que se reunía de manera periódica para discutir sobre los problemas del desarrollo argentino (Diez 2009, pág. 133). Más tarde, Diamand señalaría que había «trabajado mucho realizando un esfuerzo interdisciplinario con Jorge Sabato y con la gente que trabaja con él con ideas novedosas y desarrollo inclusive de conceptos muy interesantes» (Diamand y Vogl 1973, pág. 49). Como se verá, una fuente adicional de reflexión provino en 1970 tras su participación como asesor durante la gestión de Aldo Ferrer en el Ministerio de Obras y Servicios Públicos y en el de Economía y Trabajo, en particular con el despliegue de la política de «compre nacional».

En efecto, las ideas de Diamand eran compartidas, con matices, por varios intelectuales a principios de los años setenta. En particular, tenía coincidencias con la ya aludida propuesta del «modelo industrial integrado y abierto» de Ferrer (Rougier y Odisio 2012). De hecho, cuando fue convocado en 1970 por el general Roberto Levingston al frente de la cartera del Ministerio de Obras y Servicios Públicos (MOSP), Ferrer armó un equipo con fuerte presencia de ingenieros, entre quienes se encontraban Sabato, Jorge Haiek y Diamand. El basamento teórico de la política del MOSP estaba en línea con las ideas desarrolladas en los años anteriores, donde el eje central de la estrategia consistía en el despliegue de una planificación operativa de largo aliento que permitiera ofrecer un horizonte de demanda más estable para la inversión empresarial; en ese sentido, consideraban que solamente el Estado podía llevar a cabo la planificación del desarrollo en infraestructura. El Ministerio pretendía acelerar el ritmo de ejecución de las grandes obras programadas y apoyar de esa manera a la industria nacional de la construcción, pero también a la productora de bienes de capital.

Ferrer ya había escrito sobre el papel de las compras del Estado, no obstante, el aporte más importante en esta dimensión provino de Sabato y la experiencia de la CNEA, que impulsó la participación de proveedores locales en la construcción de la primera central nuclear argentina (y latinoamericana) en 1965: Atucha I, ubicada en Zárate, provincia de Buenos Aires. Entonces Sabato había puesto en práctica lo que llamó la «apertura del paquete tecnológico», que consistía en diseccionar la oferta hasta sus últimos componentes para incentivar la participación de la industria argentina y facilitar su acceso al conocimiento y diseño de nuevas tecnologías. El resultado fue que la industria local logró fabricar cerca del 40 % de los materiales e insumos necesarios para la construcción de la central nuclear, un porcentaje superior al planeado originalmente.

Ferrer, Sabato y Diamand discutieron la forma de impulsar el «compre nacional» ensayado *avant la lettre* en Atucha, y buscaron remover trabas existentes en ese sentido. Esa orientación tenía una fundamentación económica clara: por un lado, en la medida en que el sector público favoreciese el desarrollo eficiente de la industria productora de bienes de capital, de la construcción, de tecnología local, se estaría prestando un servicio muy importante al desarrollo al acrecentar el poder de acumulación de capital del país, además de su impacto sobre la demanda global, el empleo, etcétera. Por otro, la adecuada orientación del poder de compra estatal serviría como una palanca fundamental del proceso de complejización de los perfiles industriales y de la conformación de una estructura industrial madura. Finalmente, la demanda de tecnología y de ingeniería del Estado permitiría aprovechar los cuadros técnicos existentes (evitando la «fuga de cerebros») y estimular su formación y ocupación en el país.

Poco después, Ferrer y algunos miembros de su equipo (Diamand entre ellos) pasaron desde el MOSP al Ministerio de Economía, desde donde se impulsó la conformación de una estructura industrial más diversificada y nacionalizada (Rougier 2022). La estrategia de «argentinización» de los núcleos dinámicos del sistema productivo era el camino obligado para el fortalecimiento del sistema científico-tecnológico, de forma tal que un importante conjunto de firmas de capital nacional cobraría gran importancia en la integración de la matriz manufacturera local. Se trataba de

una apuesta estatal por el empresariado nacional, confiando en su capacidad tecnológica (Raccanello y Rougier 2016). Esta política estaba contenida en el *Plan Nacional de Desarrollo y Seguridad, 1971-1975* elaborado por el CONADE (Consejo Nacional de Desarrollo), que hacía foco en el desarrollo científico y tecnológico y se ajustaba también al *Plan Nacional de Ciencia y Técnica, 1971-1975*, elaborado por la Secretaría del Consejo Nacional de Ciencia y Técnica (CONACYT).

Como complemento de estas iniciativas, en diciembre de 1970 fue sancionada la ley de «compre nacional». Haiek, Sabato y Diamand trabajaron en sus fundamentos, y fueron los encargados de justificar el proyecto frente a funcionarios y empresarios. En opinión de Diamand (1970c), era una expresión a nivel de instrumentos del propósito «de hacer que el poder de compra del Estado se convierta en el poder promotor del desarrollo». La originalidad radicaba en que incursionaba en la etapa de diseño y daba instrucciones precisas a las empresas sobre «cómo diseñar para lo argentino». Cuando se trataba de proyectos complejos desde el punto de vista tecnológico, la ley contemplaba el desdoblamiento en sus componentes (la apertura del «paquete tecnológico») para facilitar la participación de la industria local. También se apoyaría a las constructoras nacionales a través de financiamiento y a las empresas consultoras y de ingeniería locales. La contratación de profesionales extranjeros se permitía solo en caso de demostrarse estrictamente necesario. El énfasis en volcar el poder de compra estatal hacia los productos y la ingeniería nacionales era de gran importancia y tenía su origen también en los desarrollos teóricos de Diamand: «los efectos multiplicadores de una compra del Estado en el país son obviamente más fuertes que los de una compra en el extranjero, entonces el criterio de economicidad obliga a comprar internamente. Una crítica posible a la ley es que se compraría más caro, sin embargo, eso se compensa con los efectos indirectos que generan una compra a empresas locales» (Diamand 1970a).

Al mismo tiempo, Diamand (con Di Tella y Alberto Fraguío) asesoró al ministro para llevar a la práctica una medida derivada directamente de la estrategia que había delineado en los años previos y asentada en la necesidad de impulsar de manera más decidida las exportaciones industriales. Para esto propuso el establecimiento de

un subsidio financiero y de un esquema múltiple de tipo de cambio a través de reintegros; medidas implementadas en diciembre de 1970.

Esta breve experiencia fue abortada a mediados de 1971, en pleno escenario de crisis política (el fin de la proscripción al peronismo ya se percibía como inevitable) cuando el nuevo presidente de facto Agustín Lanusse forzó la salida de Ferrer y su equipo (Fiszbein *et al.* 2022).<sup>[12]</sup> Tras este breve, pero intenso paso por la función pública, Diamand fundó en 1972 el Centro de Estudios de la Realidad Argentina (CERA), en continuación y ampliación de las tareas intelectuales emprendidas desde el Centro de Estudios Industriales diez años antes. El objetivo del CERA era terminar con la «alienación intelectual» que permeaba a amplias capas de la sociedad argentina, asociada a la importación acrítica de teorías inadecuadas para entender la realidad nacional. El segundo objetivo era corregir esa interpretación errónea en el terreno tanto conceptual como práctico. Se promovía para ello un enfoque interdisciplinario a fin de obtener «como resultado la formulación de un modelo apto para guiar la acción nacional hacia el desarrollo integral» (Fiszbein *et al.* 2022). Una muestra de ese enfoque era el folleto que difundió el Centro titulado *Claves para la interpretación de la realidad argentina*, que contenía resumidamente las ideas que Diamand había desplegado en los años previos, pero también incorporaba algunas discusiones políticas e históricas y terminaba señalando la importancia de intervenir en el campo jurídico-institucional para «encauzar a la sociedad argentina hacia los fines de su desarrollo integral».<sup>[13]</sup> El CERA era realmente un *think-tank* desarrollista para la difusión de las propuestas de Diamand. Sus actividades cubrían numerosas actividades, entre ellas la organización de seminarios interdisciplinarios y cursos de

---

[12] Sin embargo, poco después Diamand lanzó una crítica a la política económica que había implementado Ferrer, porque las «declaraciones expansivas» del Compre Nacional no se habían plasmado realmente en la práctica. Esto generó un intenso debate entre los dos economistas, publicado en las páginas de la revista *Comercialización* entre finales de 1972 y principios de 1973 (véase la sección 9.5, pág. 214).

[13] «El centro y la investigación jurídico-institucional», en *Claves para la interpretación de la realidad argentina*, [ca. 1972], FDMD-CEHEAL.

formación de dirigentes, la publicación de trabajos, la publicación de la revista *Interpretación*, etcétera.<sup>[14]</sup> Al frente de los cursos que brindaba el centro se encontraban, además del propio Diamand, Haiek, De Pablo, Carlos Carballo, entre otros investigadores. La diversidad de profesiones en el emprendimiento del CERA daba efectiva cuenta de la búsqueda multidisciplinaria impulsada por su presidente.

En noviembre de 1974, Diamand fue invitado a la Universidad de Texas en Austin (Estados Unidos) como conferencista de un «Foro Internacional sobre Desarrollo Tecnológico» organizado por el Institute of Latin American Studies de esa institución y la Organización de Estados Americanos (OEA). En particular, se le propuso que abordara el problema de los factores que afectaban el desarrollo de capacidades tecnológicas en Latinoamérica, para lo cual –según detallaba la invitación– todavía no se había ideado un modelo que permitiera sustentar el despliegue de esas capacidades.<sup>[15]</sup> El ingeniero presentó su escrito en febrero del siguiente año, donde volcó en profundidad sus análisis sobre los límites de la innovación tecnológica en los «países semindustrializados latinoamericanos» partiendo de las características y problemas que más conocía, como anunciaba su título: «Las posibilidades de una tecnología nacional en Latinoamérica (el caso argentino)».<sup>[16]</sup> Desde el punto de vista teórico, replicó el afamado «esquema triangular» de Sabato para representar la interacción entre la infraestructura científico y tecnológica, el gobierno y los actores de la estructura productiva. En línea con las discusiones dependentistas entonces en boga, partía de considerar que la debilidad de la innovación se había transformado en una «nueva e importante traba del desarrollo». En particular, la «importación sistemática» de tecnología en América Latina implicaba desembolsos que pesaban de manera creciente

---

[14] «Centro de Estudios de la Realidad Argentina» (folleto), s/f, FDMD-CEHEAL.

[15] Carta de Lorene L. Rogers (presidenta de la Universidad de Texas en Austin) a Marcelo Diamand del 06/11/1974, FDMD-CEHEAL.

[16] El texto fue publicado en 1976 en la revista del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, que es la versión que seguiremos aquí. La copia preparada para la reunión en Austin se encuentra también en resguardo en el FDMD-CEHEAL.

sobre las respectivas balanzas de pagos, una pérdida de autonomía de la política industrial y comercial, la adopción de técnicas de producción demasiado capital-intensivas para absorber la mano de obra disponible en cada país y una menor capacidad de adaptación a los veloces cambios de los mercados mundiales.

Diamand insistía en que la respuesta a la debilidad innovativa –basada en su experiencia personal y profesional– era la insuficiencia de la demanda tecnológica por parte del sector productivo.<sup>[17]</sup> Este «fenómeno de naturaleza económica» dependía en parte del funcionamiento de la estructura económica pero más aun de la relación de costos entre la importación del bien tecnológico y el valor de su producción nacional.

Desde el punto de vista del sector productivo, la decisión de importar o desarrollar tecnología propia dependía, para Diamand, de tres consideraciones: los costos comparativos entre las alternativas, la influencia de los regímenes de protección estatal para los bienes tecnológicos y las ventajas intrínsecas que podía acarrear el dominio de determinada tecnología. Sobre este punto, señalaba que la mejor adecuación a las condiciones locales permitiría a las empresas latinoamericanas obtener éxito comercial y económico con la producción tecnológica autónoma. En su opinión, la innovación tecnológica en América Latina estaba motivada, en general, por situaciones de necesidad más que por una visión estratégica; es decir, cuando no había disponible una tecnología extranjera adecuada para sus planes productivos. En particular, encontraba que las empresas solían realizar desarrollos propios cuando encaraban proyectos que utilizaban materias primas locales con características o usos distintos a los que tenían en el exterior o, un segundo caso de «elaboración obligada» se presentaba cuando la tecnología existía, pero estaba monopolizada por empresas extranjeras. En ese punto se puede apreciar el ascendiente de las ideas de Sabato y, en particular, de los resultados de la experiencia compartida con este tecnólogo durante la gestión de Ferrer.

Para culminar su análisis, proponía la implementación de una política económica integral encaminada a fortalecer la demanda

---

[17] Diamand también se refería a los trabajos de Jorge Katz y David Félix sobre la cuestión tecnológica (al respecto, véase Rougier y Odisio 2017, cap. 5).

de tecnología local por parte del sistema productivo nacional. Las medidas principales que sugería eran fijar un régimen estable y racional de importaciones; cambiar el papel de las compras públicas; mejorar la negociación con los organismos financieros multilaterales para permitir un mayor apoyo a las industrias nacionales en licitaciones internacionales; el establecimiento de un régimen arancelario para promover la sustitución de tecnología extranjera y establecer «estímulos positivos» tales como la desgravación impositiva para las actividades de I+D, y un fuerte sostén financiero para los institutos de investigación, etcétera.

### El «péndulo» de la política económica

No resulta inverosímil sospechar que el golpe de Estado de 1976 impulsara a Diamand, al igual que a otros intelectuales, a intentar una explicación de la aguda inestabilidad del sistema político argentino en las décadas previas. Su trabajo apareció con el título «El péndulo argentino ¿empate político o fracasos económicos?» en *Pensar la República*, un proyecto colectivo que reunió «hombres de familias espirituales diferentes [que] pensaron la República con libertad individual y con honestidad intelectual». Allí Diamand retomó la idea del «empate social» y las dificultades para llevar adelante un proyecto económico y social «viable». La razón del péndulo entre populismo y ortodoxia estaba asentada en la antinomia equilibrio externo-distribución. Para Diamand, «únicamente el ataque racional sobre este nudo del problema podrá dar una oportunidad al país de detener el péndulo en el medio» (Diamand 1977a, pág. 409).

Como ya se dijo, por lo menos desde 1968 había identificado una alternancia insostenible entre medidas «suicidas» y medidas «deformantes» en el país. A pesar del cambio de categorías (antes hablaba de políticas «liberales» y «keynesianas», ahora se refería a la díada «ortodoxia» y «populismo») el objetivo analítico era ponerlas en juego, entender su dinámica, en diálogo con los aportes de otros destacados científicos sociales contemporáneos.<sup>[18]</sup>

---

[18] Como había sucedido con la cuestión tecnológica, también Ferrer incorporó una perspectiva similar a la de Diamand en su libro *Crisis y alternativas de la política económica argentina* de 1977.

Estas perspectivas eran deudoras del estudio sobre el «empate hegemónico» de Portantiero (1973), publicado en un libro compilado por Oscar Braun. Este conjunto de trabajos dio cuenta de una fructífera búsqueda por integrar esquemas analíticos interdisciplinarios entre la economía, la sociología y la ciencia política, además de un rico intercambio intelectual. El artículo sobre el «péndulo político» de Guillermo O'Donnell es quizá su resultado más acreditado. Allí se citaba el manuscrito de Diamand sobre el «péndulo argentino» (que estaba en proceso de edición), considerando que contenía «una excelente presentación de los mecanismos operantes en las fases ascendentes y descendentes» de los ciclos de *stop and go* (O'Donnell 1977, nota 44). El mismo año Portantiero publicó un nuevo artículo donde citaba tres trabajos que apuntaban «a desentrañar [las] bases estructurales de la crisis de hegemonía» en Argentina: el artículo de O'Donnell, otro de Carlos Ábalo y, «desde otra perspectiva ideológica», el libro *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia* de Diamand (Portantiero 1977, nota 5).

En su texto Diamand señalaba que la política «populista» iniciaba con un aumento de salarios, que conducía a una «euforia» industrial y comercial, la discriminación contra el agro y el ataque a los capitales extranjeros. El resultado siempre era la inflación, la merma de la productividad, un creciente déficit fiscal, el desabastecimiento y una crisis de balance de pagos. La respuesta «ortodoxa», impulsada por los sectores exportadores, financieros y (en parte) industriales, comenzaba con la aplicación de un plan de ajuste vía devaluación. Se mejoraba el ingreso del sector agropecuario, se procuraban atraer capitales externos; la contrapartida era la recesión y la caída del salario real, que se sostenían como medidas necesarias para «ordenar y sanear» la economía. La caída de la inflación y la llegada de inversiones extranjeras permitía una cierta reactivación, aunque pasajera y ficticia. En algún momento se disparaba una crisis de confianza, la reversión en el flujo de capitales derivaba en una nueva crisis del sector externo que imponía otra devaluación. La crisis permitía poner otra vez las cuentas del balance de pagos en orden y generaba las condiciones para recomenzar el ciclo «populista».

El argumento de uno y otro grupo era que la falta de poder político había minado las posibilidades de éxito de sus respectivos

programas de gobierno. Pero Diamand señalaba que ambos estaban equivocados: «ni la política populista, ni la política ortodoxa, tal como se ejecutaron en el pasado hubieran podido triunfar, aunque hubiesen contado –una y la otra– con el poder político total. Esto se debe a que ninguna de ellas tenía viabilidad intrínseca y ambas estaban condenadas al fracaso por motivos puramente económicos» (Diamand 1977a, pág. 388).

En la elaboración de su crítica, el ingeniero recuperaba muchas de sus ideas previas. Para ser viable, la política económica nacional debía superar la tendencia crónica al desequilibrio externo. Además de las inversiones y las divisas, requería también una demanda suficiente para mantener funcionando a pleno la capacidad productiva. En suma, en una estructura productiva agroindustrial compleja y diversificada como la Argentina, las condiciones de viabilidad de una política económica eran, por un lado,

«la disponibilidad de fondos para la inversión e incentivos suficiente para el desarrollo de los rubros exportadores y sustitutivos de importancia. Por el otro tiene que haber una demanda suficiente en el mercado. Estas condiciones, a su vez, *implican tanto un cierto techo como un cierto piso para la participación de los asalariados en el ingreso*» (Diamand 1977a, pág. 394).

Diamand encontraba cinco estrategias disponibles para solucionar el problema del sector externo (exportaciones industriales, sustitución de importaciones, incremento de las exportaciones tradicionales, uso de capitales extranjeros y política selectiva de importaciones) y proponía adoptar todas a la vez y de manera muy intensa. Con todo, el primer paso era estructurar un sistema de cambios exportadores industriales que reflejase el nivel real de los costos industriales. Existían muchas variables técnicas para hacerlo: tipos de cambio explícitos o a través de reintegros y otros estímulos, tal como él mismo, Schydrowsky y otros venían estudiando desde hacía años. Un criterio similar debía seguirse con ciertos cultivos regionales que no podían ser exportados con el dólar pampeano. El costo fiscal de esa promoción sería nulo, ya que la expansión económica aseguraría –a través del ensanchamiento de la base tributaria– los fondos necesarios. Como segundo paso, debía mobilizarse energicamente la sustitución de importaciones a través de un régimen coherente de protección (como la raciona-

lización del nomenclador arancelario) y promoción (por ejemplo, a través del poder de compra estatal), tratando de complementar la generación de divisas por vía de exportaciones industriales con el ahorro de divisas por vía de sustitución. Como tercer curso de acción, proponía la expansión de la producción agropecuaria tradicional a través de mayores incentivos a los productores y con impuestos a la tierra. En una línea coincidente con la propuesta de Prebisch o Ferrer, proponía que los capitales extranjeros debían ser considerados como un recurso de apoyo y respaldo a la ampliación de la capacidad exportadora, sustitutiva y de infraestructura. En tanto no se solucionase el problema del sector externo, el ingeniero proponía un quinto curso de acción: el uso selectivo de las divisas a través de un régimen de prioridades. Lo más importante en este aspecto era asegurarse que las divisas no se gastasen en importaciones prescindibles o sustituibles (Diamand 1977a, pág. 405)

Ubicados hacia finales de los años setenta, es necesario resaltar que la feroz experiencia de la vida en dictadura dejó recónditas secuelas en Diamand, quizá tan dolorosas como las de su juventud. Por un lado, la política aperturista de José Martínez de Hoz lo obligó a interrumpir la experiencia acumulada por décadas en la fabricación y diseño de productos electrónicos en su empresa, y Tonomac se debió reconvertir como importadora de aparatos desde Taiwán. Además, en 1978 falleció su padre. Al firmar el acta de defunción de León Emanuel, el ingeniero notó un extraño temblor en su mano.<sup>[19]</sup> Fue el primer síntoma de la enfermedad de Parkinson, que lo llevaría a alejarse progresivamente de sus campos de acción en los siguientes lustros. La difícil situación de la empresa, la muerte de su padre, seguida de la de su madre dos años más tarde, y el inicio de una enfermedad irremediable sin dudas lo afectaron profundamente.

A poco del golpe de Estado, Diamand se manifestó contra las medidas «eficientistas» impulsadas desde el Ministerio de Economía. En este sentido, debe ser añadido al grupo de los críticos tempranos del programa de Martínez de Hoz (junto con Adolfo Canitrot, Jorge Schvarzer, Aldo Ferrer, entre otros). Para Diamand no se lograría sostener el crecimiento en base a los capitales ex-

---

[19] Lidia Diamand, comunicación personal, 01/04/2021.

ternos porque «aunque puedan constituir una ayuda deseable en períodos críticos, nunca pueden proveer una base para una expansión permanente ya que, tal como enseña la amarga experiencia, su huida brusca en cualquier momento puede sumir al país en una crisis de balanza de pagos más profunda que la que se quiso paliar con ellos» (Diamand 1976, pág. 106). En el debate entonces abierto por el gobierno sobre la necesidad de «racionalizar» la política arancelaria, si bien consideraba válida la necesidad de actualizar el esquema proteccionista, consideraba que la propuesta impulsada por Martínez de Hoz entrañaba varios «peligros». El principal era el retorno de las doctrinas reprimarizadoras de la estructura productiva del país.

Según la caracterización de los programas de estabilización –que el ingeniero venía ensayando desde 1963– tras la adopción de la devaluación y una fuerte contracción monetaria para equilibrar el desbalance externo, seguía una «segunda fase» en la que la política ortodoxa buscaba captar divisas y recuperar la actividad económica atrayendo al capital extranjero. Diamand indicaba que el cálculo que realizaban los inversores extranjeros era la comparación del tipo de interés doméstico contra la combinación del nivel vigente en los mercados financieros globales y la devaluación del peso. Dado que la tasa internacional estaba fuera del control de las autoridades nacionales y se consideraba que el alza de la tasa local profundizaría los efectos recesivos, la única alternativa era atrasar el tipo de cambio para hacer más atractiva la llegada de la inversión extranjera. Esos argumentos fueron presentados en varios eventos internacionales, sobre todo después de desatada la crisis de deuda latinoamericana en agosto de 1982.

Exactamente, un año más tarde, Diamand participó de una reunión internacional sobre dicha problemática organizada en México por otro economista autodidacta de origen polaco, Miguel Wionczek, en el Centro Tepoztlán, institución de investigación creada tres años antes por Víctor Urquidí. En noviembre, intervino en otra Conferencia Internacional sobre «Modelos de Cambio Político y Económico en América Latina» en la Universidad Vanderbilt de la ciudad de Nashville en Estados Unidos, entre cuyos participantes también estuvieron Felix, Schydrowsky, O'Donnell, y otros destacados investigadores. Por ese entonces, Diamand reconoció

que la dinámica pendular y de *stop and go* que había descrito en 1977 podía resultar «demasiado optimista» tras la aplicación del programa de Martínez de Hoz, y puntualizaba que «el cambio de la situación mundial y la inusitada intensidad del último ciclo de endeudamiento introdujeron cambios cuantitativos en la situación que ni siquiera permiten que continúe el acostumbrado péndulo». La situación que debía enfrentar el nuevo gobierno radical a finales de 1983, encabezado por Raúl Alfonsín y de entrada claramente identificado con la «corriente popular», era inédita, en tanto carecía de margen de maniobra inicial. Diamand lanzaba una advertencia preclara:

«por el momento, el péndulo se acabó. Trabada la política expansiva popular por la falta de reservas y la política expansiva ortodoxa por la imposibilidad de endeudamiento ulterior, quedan únicamente dos alternativas. O la Argentina queda condenada a una permanente recesión, con consecuencias sociales y políticas que pueden llegar a límites imprevisibles, o aprenderá finalmente a superar la restricción externa que limita el crecimiento de su economía» (Diamand 1984, pág. 25).

Durante los años ochenta, la actividad intelectual de Diamand mermó, pero no así su presencia pública ni su compromiso como dirigente empresario. En 1983 formó parte del grupo de asesores económicos de Ítalo Luder, candidato a la presidencia de la Nación por el justicialismo. Tras la elección que dio la victoria a Raúl Alfonsín, comenzó a fungir como representante y líder intelectual del Movimiento Industrial Nacional (MIN), fracción de la UIA donde participaban empresarios desarrollistas, peronistas y de otras orientaciones opuestas a los sectores liberales más tradicionales, congregados en el Movimiento Industrial Argentino (MIA). La actividad desplegada como dirigente de la UIA, donde ocupó la titularidad de la Comisión de Economía (y también como presidente de la CADIE), lo ubicaron como un portavoz destacado de algunas posiciones progresistas de la clase empresaria –ciertamente, no la dominante– y como tal era reconocido de manera cotidiana por los medios de comunicación. Desde el MIN, Diamand fue uno de los representantes de los industriales en la «mesa de concertación» que el gobierno radical impulsó en 1984 y que condujo a la firma de un acuerdo entre los sectores patronales y el sindicalismo represen-

tado por la CGT en torno a los retos y alternativas que enfrentaba la economía (Curia 2011). El llamado «documento de los 20 puntos» tuvo, de todos modos, una experiencia efímera ya que la dinámica y el lanzamiento del «Plan Austral» en junio de 1985 horadaron el principio de acuerdo entre ambas posiciones.

Poco antes, Diamand había fundado el CERE, Centro de Estudios de la Realidad Económica, que repetía iniciativas similares previas, y en este caso señalaba el objetivo de articular las ideas de «distintos exponentes del pensamiento nacional» en una «doctrina común» que pudiera servir para contrarrestar la influencia del «pensamiento tradicional» basado en la doctrina neoclásica. Con ese fin, expresaba que el CERE «orientará su labor institucional organizando conferencias y seminarios, proveyendo un foro para los debates, publicando y difundiendo trabajos y promoviendo todo otro tipo de actividades conducentes a la finalidad propuesta».<sup>[20]</sup>

En el terreno estrictamente académico –además de la reformulación ya aludida sobre las ideas del «péndulo» político– Diamand en estos años comenzó a publicar diversos escritos en coautoría, marcando una diferencia con su modo de trabajo individual de las dos décadas anteriores. Por ejemplo, en 1988 un aporte novedoso fue la formalización de sus ideas económicas (lo que oportunamente había ensayado De Pablo, como dijimos). En un artículo realizado con Norberto Crovetto, y bajo la inspiración explícita de los modelos keynesianos de doble brecha del brasilero Edmar Bacha, procuraron expresar matemáticamente el funcionamiento de la EPD para explicar la restricción externa, la aparición de la inflación cambiaria, el papel del capital extranjero y las posibilidades de romper con el «círculo vicioso» de la industrialización mercadointernista mediante la promoción de sus exportaciones.<sup>[21]</sup>

Por otra parte, hacia 1987 tal como había sucedido en 1983, cuando se perfilaron las precandidaturas del peronismo para las siguientes elecciones presidenciales, Diamand fue convocado al equipo de asesores económicos de Carlos Menem quien tenía como uno de sus lemas la necesidad de relanzar «La revolución producti-

---

[20] Marcelo Diamand, «¿Qué es el CERE?», 04/1985, FDMD-CEHEAL.

[21] Crovetto (2014, pág. 39) volvió más tarde sobre ese trabajo para «agregar un marco analítico más general y actualizar ciertos aspectos de la propuesta de política económica desarrollada en el trabajo».

va». Los principales referentes del equipo eran, además del propio Diamand, Curia, Di Tella, Rodolfo Frigeri, Roberto Lavagna y Domingo Cavallo. Según recuerda Curia (2011, pág. 101), los debates y disputas por la «orientación estratégica» del candidato se daban fundamentalmente «entre la dupla Cavallo-Di Tella y la dupla Diamand-Curia». La propuesta de este segundo grupo (conformado por 24 economistas) fue el libro *Desarrollo con justicia*, aparecido a principios de 1989. Dentro de los cinco frentes de actuación allí planteados, «Diamand cumplió un papel particularmente gravitante» en el dedicado a la «política de la producción» (Curia 2011, pág. 102). En una entrevista de la época que lo presentaba como «uno de los economistas que seguramente influirá en el posible gabinete de Menem», Diamand puntualizó que «los matices más importantes» entre su propuesta y la de Cavallo se encontraban en la prioridad que cada uno daba al sector industrial (Diamand 1989b). El candidato justicialista ganó las elecciones, pero tras fijarse el nuevo rumbo económico, resultó evidente que la propuesta de «apertura heterodoxa» del ingeniero había caído nuevamente en saco roto.

En el contexto de inicio del modelo de convertibilidad, Diamand sostuvo que la EPD seguía siendo un concepto de la relevancia para entender la dinámica Argentina, aunque los ciclos típicos de las décadas de la industrialización habían desaparecido. Al mismo tiempo, al recapitular lo sucedido tras la última dictadura, encontraba, por un lado, que los incentivos a las exportaciones industriales –a pesar de su comportamiento errático– habían mostrado cierta efectividad. Sumado a la sustitución de nuevas materias primas industriales y el estancamiento económico, la demanda de importaciones se vio debilitada, lo que había permitido revertir el crónico déficit externo. Sin embargo, la situación no mejoró sino que «este problema estructural fue reemplazado por otros, tanto más graves». El creciente endeudamiento llevó a magnitudes «directamente imposibles de pagar en divisas dadas nuestras limitaciones», que no solo presionaban sobre el balance comercial sino que además pesaban gravemente sobre las finanzas públicas (Diamand 1992, pág. 202). La deuda se había convertido en la principal limitación al crecimiento, tal como había alertado desde la época en que Martínez de Hoz todavía estaba en el poder. Señalaba además que, en

el contexto de profundo endeudamiento, las «condicionalidades» de los organismos financieros internacionales habían comenzado a exigir «cambios estructurales» que incorporaban la exigencia de una mayor apertura económica. Sin embargo, señalaba que la implementación de ese tipo de medidas no se estaba traduciendo en una mayor eficiencia (según lo argumentado) sino en una profunda desarticulación productiva y la masiva quiebra de empresas. Precozmente –y como antes había hecho con la política económica de la dictadura de 1976– Diamand advertía el resultado negativo que tendría la nueva estrategia en términos del retroceso estructural de la industria nacional.

Poco antes, en septiembre de 1991, la UIA había creado una Fundación en su seno, de la cual Diamand fue elegido presidente del Consejo Académico. Según expresó en su inauguración, la nueva institución tenía como objetivo funcionar como un «catalizador», a fin de desplegar «un esquema integral y coherente de análisis y acción» que permitiera finalmente «destrabar nuestra industrialización».<sup>[22]</sup> A partir de 1992 la Fundación, persiguiendo ese objetivo, publicó muchos y profundos trabajos sobre las características y problemas del sector industrial argentino. Durante los siguientes años, Diamand editó junto con Hugo Nochteff y otros autores, una colección de «cuadernos» donde abordaban «problemáticas más o menos permanentes de la economía argentina». Según Curia (2011), Diamand procuró ir delineando una crítica a la convertibilidad desde los contornos hacia el centro, hasta llegar a plantear abiertamente en 1996 que debía abandonarse la paridad cambiaria y la política que la sustentaba. En abril de 1999 se reunieron varios de esos trabajos en el libro *La economía argentina actual: problemas y lineamientos de políticas para superarlos*. Es posible que el epílogo escrito para cerrar el volumen fuera el último texto publicado por el ingeniero.

El análisis partía de la evolución de la Argentina moderna frente a los cambios de largo plazo en el sistema internacional. Diamand y Nochteff distinguían un primer período que iba desde mediados del siglo XIX, que había sido golpeado con la crisis de 1930 y de-

---

[22] «Discurso pronunciado por el ingeniero Diamand el 10/09/1991 a raíz de la inauguración de la Fundación Unión Industrial Argentina», pág. 3, FDMD-CEHEAL.

finitivamente abandonado con la Segunda Guerra Mundial. Los siguientes treinta años («dorados») estuvieron caracterizados por el crecimiento acelerado, las políticas keynesianas y el Estado de Bienestar. Finalmente, la última etapa, de la llamada «globalización», había iniciado a mediados en la década de 1970 y sus resultados habían sido beneficiosos solo para un pequeño grupo de países. Por el contrario, la Argentina se ubicaba dentro de los que habían tenido un pobre desempeño, ya que «desde mediados de los setenta retrocedió en prácticamente todos los aspectos económicos y sociales» (Diamand y Nochteff 1999, pág. 353). Admitían que el aspecto más positivo del «*shock* institucional neoliberal de los noventa» había sido la estabilidad monetaria y cambiaria que trajo aparejada, y en menor medida, cierto crecimiento económico, aunque débil. Sin embargo, estos eran resultados precarios ya que se había agudizado la vulnerabilidad externa, a la vez que «continuaron o se agravaron los fenómenos de desindustrialización, sobreendeudamiento, desarticulación productiva, concentración, regulación deficiente, empeoramiento de la distribución del ingreso y –sobre todo– desempleo» (Diamand y Nochteff 1999, pág. 353). En ese sentido alertaban que sostener la convertibilidad para garantizar la estabilidad de precios (y el esquema de precios relativos cristalizados) terminaría en inflación, en recesión o en ambas; mientras la combinación de tributación regresiva y creciente endeudamiento, además de actuar contra una mejor distribución del ingreso, también llevaría a desequilibrios externos insostenibles. Como en una versión argentina de la maldición de Casandra, las alertas de Diamand otra vez resultaron desatendidas. El régimen de paridad cambiaria se mantuvo incólume y dos años más tarde los peores vaticinios se cumplieron a cabalidad.

El texto culminaba con un detallado programa de reformas macro, meso y microeconómico, recordando que la política económica debía maximizar el margen de acción nacional frente al contexto internacional como crear «amortiguadores» frente a la inestabilidad causada por la globalización financiera. Se debía aprender de la experiencia histórica, pero mirando hacia el futuro y sin caer en los preconceptos del pasado:

«Ni los mercados en el sentido sobresimplificado e idealizado en el que los concibe la ortodoxia ni el Estado centralizado y pretendidamente omnisciente

pueden resolver los problemas de las sociedades complejas del siglo XXI. Lo que se requiere son sistemas de cooperación y regulación sociales y descentralizados que formen los consensos básicos para la acción económica y social» (Diamand y Nochteff 1999, pág. 358).

## Epílogo

Tras una larga lucha contra el Parkinson, Marcelo Diamand falleció el 20 de junio de 2007 en la ciudad que lo había acogido sesenta años antes, después de padecer los horrores del exilio y la guerra en Europa. Muchos analistas coincidieron en señalar que se estaba despidiendo al «principal ideólogo del sector fabril desarrollista» de la Argentina (Zlotogwiazda 2007). Por ese entonces sus ideas estaban muy presentes en los debates tanto académicos como políticos que se dieron en el país sobre la determinación del nivel del tipo de cambio en los primeros lustros del nuevo siglo, incluso fue uno de los referentes más mencionados para dar sustento teórico a las políticas que aplicaron los gobiernos kirchneristas. En rigor, desde los años sesenta hasta hoy los conceptos y propuestas de Diamand han sido defendidos y criticados desde diversas posiciones en Argentina, pero también fuera del país, dando cuenta de la cabal aportación de sus contribuciones al pensamiento económico. Con todo, es innegable que sus ideas económico-sociales fueron hijas de su tiempo, además de la construcción de su propia trayectoria como intelectual y de sus múltiples formas de intervención (como docente, como ingeniero, como empresario, como dirigente empresarial). El mundo en que se pensó y discutió la EPD, la «inflación cambiaria» o el «péndulo político» no es el nuestro. Muchas de las características de la economía nacional y global que trasuntan su mirada han mutado y, por ello, sus propuestas –por más penetrantes que sean– no son mecánicamente transferibles hasta hoy. Las características del sector agropecuario, las potencialidades competitivas de la industria nacional, la inestabilidad financiera asociada a la inusitada circulación global de capitales o la modificación del sistema comercial y productivo tras el ascenso de nuevos actores de peso son algunos elementos que impiden esa traslación. Con todo, tampoco puede pasarse por alto que, en Argentina, como en el resto de los países latinoamericanos,

la modificación de la orientación macroeconómica de las últimas décadas condujo a un pronunciado retroceso de las capacidades productivas y tecnológicas autónomas, que implicó un creciente rezago en toda comparación económica internacional.

No obstante, más allá del tiempo y los profundos cambios transitados por la economía mundial y nacional desde los años sesenta, la potencia del pensamiento de Diamand permite seguir abriendo puertas, en particular para identificar el fraude de quienes ofrecen soluciones fáciles (mediante el endeudamiento externo) o incompletas (cualquier estrategia que deje de lado la industrialización), iluminando en contraste el arduo camino a recorrer para alcanzar el pleno desarrollo de las fuerzas productivas y el bienestar social de la Nación. En ese sentido, la vocación por el desarrollo soberano que inspiró las penetrantes ideas de Marcelo Diamand sigue plenamente vigente; esas ideas conforman una apreciable bitácora a la hora de pensar alternativas superadoras del atraso, un desafío del presente que, lamentablemente, es más imperioso y urgente que en su propio día.

## Referencias

ARANA, MARIANO

- 2024 *Políticos, funcionarios y académicos. La formación universitaria de los economistas en Buenos Aires (1821-1966)*, Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, referencia citada en página XIII.

BRAUN, OSCAR Y LEONARD JOY

- 1968 «A Model of Economic Stagnation. A Case Study of the Argentine Economy», en *The Economic Journal*, vol. 78, n.º 312, págs. 868-887, referencia citada en página XIII.

CEPAL

- 1964 *El comercio internacional y el desarrollo de América Latina*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, recuperado de <<https://repositorio.cepal.org/handle/11362/1926>>, referencia citada en página XIV.

CROVETTO, NORBERTO

- 2014 «Adenda al artículo “La estructura productiva desequilibrada y la doble brecha”», en *Entrelíneas de la Política Económica*, vol. 7, n.º 38, págs. 39-44, recuperado de <<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/35748>>, referencia citada en página XLII.

## CURIA, EDUARDO

- 2011 «Diamand, la Unión Industrial y demás... a la luz de mi experiencia personal», en *Ensayos en honor a Marcelo Diamand. Las raíces del nuevo modelo de desarrollo argentino y del pensamiento económico nacional*, coord. por Pablo Chena; Norberto Croveto y Demián Panigo, Buenos Aires: Miño y Dávila, págs. 93-110, referencia citada en páginas XLII-XLIV.

## DE PABLO, JUAN CARLOS

- 1974a «Reseña de “Doctrinas económicas, desarrollo e independencia”», en *Desarrollo económico*, vol. 14, n.º 53, págs. 217-223, referencia citada en página XXVIII.
- 1974b «Un modelo macroeconómico de corto plazo para la Argentina», en *IX Jornadas de la Asociación Argentina de Economía Política*, Córdoba: Anales de la AAEP, págs. 1-32, recuperado de <<https://aaep.org.ar/anales/works/works1974/dePablo.pdf>>, referencia citada en página XXIX.
- 1995 *Apuntes a mitad de camino (economía sin corbata)*, Buenos Aires: Ediciones Macchi, referencia citada en página XXVIII.

## DIAMAND, MARCELO

- 1959 «Las máquinas y el razonamiento», en *Ciclo de conferencias sobre computadoras electrónicas decimales*, Buenos Aires: Remington Rand Sudamericana, B1-B58, referencia citada en página XI.
- 1969a «Bases para una política industrial Argentina», en *El Cronista Comercial*, referencia citada en páginas XIX, XXII, XXIV, LVIII.
- 1969b «Desarrollo industrial, política autárquica y capital extranjero. Situación actual y perspectivas de la Economía Argentina», en *Cuadernos del IDES*, vol. 6, n.º 16, págs. 35-66, recuperado de <<https://publicaciones.ides.org.ar/libro/situacion-coyuntura-nro-16>>, referencia citada en páginas XVI, XVII, XXIV, XXVII.
- 1970a «Compre nacional: en defensa de la ley», en *Competencia*, n.º 92, págs. 15-17, referencia citada en página XXXII.
- 1970c *Filosofía del compre nacional*, CEHEAL y FDMD, mimeo, referencia citada en página XXXII.
- 1972b «La estructura productiva desequilibrada argentina y el tipo de cambio», en, págs. 25-47, referencia citada en páginas XXI, XXII, XXVI.
- 1973 «Los aspectos políticos del desarrollo», en *¿Qué Argentina queremos los argentinos?*, coord. por Félix Luna, Buenos Aires: Ediciones La Bastilla, págs. 231-273, referencia citada en páginas XXV, XXVI.
- 1976 «Las posibilidades de una técnica nacional en Latinoamérica (el caso argentino)», en *Estudios Internacionales*, vol. 9, n.º 34, págs. 10-41, recuperado de <<https://revistaei.uchile.cl/index.php/REI/article/view/17184>>, referencia citada en páginas XI, XL.

- 1977a «El péndulo argentino, ¿empate político o fracasos económicos?», en *Pensar la República*, comp. por Carlos Floria y Marcelo Montserrat, Buenos Aires: Fundación Piñero Pacheco, págs. 385-409, referencia citada en páginas XXXVI, XXXVIII, XXXIX.
- 1977b «Hacia el cambio del paradigma económico a través de la experiencia de los países en desarrollo. Respuesta a un comentario», en *Económica*, vol. 23, n.º 1-2, págs. 131-138, recuperado de <<https://revistas.unlp.edu.ar/Economica/article/view/8640>>, referencia citada en página XXIX.
- 1984 *El péndulo argentino: ¿hasta cuándo?*, Buenos Aires: CERE, referencia citada en página XLI.
- 1989a «Marcelo Diamand ¿el último empresario nacional? (Crítica y alternativa al liberalismo económico)», en *Revista Unidos*, págs. 87-101, Hugo Chumbita, entrevistador, referencia citada en página XIII.
- 1989b «Sin protección no hay industria», en *Página 12*, Gerardo Yomel, entrevistador, referencia citada en página XLIII.
- 1992 «Productividad, competitividad y crecimiento industrial», en *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, vol. 2, n.º 3, págs. 197-214, recuperado de <[http://bibliotecadigital.econ.uba.ar/download/ciclos/ciclos\\_v2\\_n3\\_10.pdf](http://bibliotecadigital.econ.uba.ar/download/ciclos/ciclos_v2_n3_10.pdf)>, referencia citada en página XLIII.

## DIAMAND, MARCELO y NORBERTO CROVETTO

- 1988 «La estructura productiva desequilibrada y la doble brecha», en *Cuadernos del Centro de Estudios de la Realidad Económica*, n.º 3, referencia citada en página XX.

## DIAMAND, MARCELO y HUGO NOCHTEFF

- 1999 (eds.), *La economía argentina actual: problemas y lineamientos de políticas para superarlos*, Buenos Aires: Consejo Académico de la Fundación Unión Industrial Argentina y Grupo Editorial Norma, referencia citada en páginas XLV, XLVI.

## DIAMAND, MARCELO y HERIBERTO VOGL

- 1973 «Tonomac: inventar el paraguas por segunda vez», en *Equipamiento*, págs. 49-55, referencia citada en página XXX.

## DIEZ, MARÍA AGUSTINA

- 2009 *El dependantismo en Argentina. Una historia de los claroscuros del campo académico entre 1966 y 1976*, Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de Cuyo, recuperado de <<https://bdigital.uncu.edu.ar/3496>>, referencia citada en página XXX.

DVOSKIN, ARIEL Y GERMÁN FELDMAN

- 2015 «The unbalanced productive structure. A reconstruction of Marcelo Diamand's contributions to economic theory», en *Peripheral Visions of Economic Development*, ed. por Mario García-Molina y Hans-Michael Trautwein, Londres: Routledge, págs. 138-156, referencia citada en página XXI.

FERRER, ALDO

- 1977 *Crisis y alternativas de la política económica argentina*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página XXXVI.
- 2011 «Marcelo Diamand y la “enfermedad holandesa”», en *Ensayos en honor a Marcelo Diamand. Las raíces del nuevo modelo de desarrollo argentino y del pensamiento económico nacional*, ed. por Pablo Chena; Norberto Crovetto y Demián Panigo, Buenos Aires: Miño y Dávila, págs. 21-24, referencia citada en página XXI.

FISZBEIN, MARTÍN

- 2015 «La economía del stop and go: las ideas estructuralistas en Argentina, 1945-1976», en *Desarrollo Económico*, vol. 55, n.º 216, págs. 187-210, referencia citada en página XVII.

FISZBEIN, MARTÍN; JUAN ODISIO Y MARCELO ROUGIER

- 2022 «La política económica en la encrucijada: El giro nacionalista y sus desafíos, 1970-1973», en *Medio siglo entre tormentas. Fluctuaciones, crisis y políticas macroeconómicas en la Argentina (1948-2002)*, ed. por Pablo Gerchunoff; Daniel Heymann y Anibal Jáuregui, Buenos Aires: EUDEBA, págs. 227-260, referencia citada en página XXXIII.

KALDOR, NICHOLAS

- 1963 «La estabilidad de la relación de precios del intercambio en los países poco desarrollados», en *Boletín Económico de América Latina*, vol. 8, n.º 1, recuperado de <<https://repositorio.cepal.org/handle/11362/9986>>, referencia citada en página XXII.
- 1964b «Los tipos de cambio duales y el desarrollo económico», en *Boletín Económico de América Latina*, vol. 9, n.º 2, págs. 214-223, recuperado de <<https://repositorio.cepal.org/handle/11362/10003>>, referencia citada en páginas XXII, XXIII.
- 1966 *Causes of the Slow Rate of Economic Growth of the United Kingdom. An Inaugural Lecture*, Londres: Cambridge University Press, referencia citada en página XXVI.

KING, JOHN

- 2009 *Nicholas Kaldor*, Londres: Palgrave Macmillan, referencia citada en página XXII.

MASON, CAMILO y MARCELO ROUGIER

- 2023 (coords.), *Las revistas en los orígenes de la profesionalización del campo de la economía, 1956-1966*, Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, vol. 2, referencia citada en página XIII.

MORLEY, SAMUEL

- 1984 *Macroeconomics*, Chicago: Dryden Press, referencia citada en página XXIX.

O'DONNELL, GUILLERMO

- 1977 «Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976», en *Desarrollo Económico*, vol. 16, n.º 64, págs. 523-554, referencia citada en página XXXVII.

ODISIO, JUAN

- 2022 «Raúl Prebisch (1901-1986)», en *El desafío del desarrollo. Biografías intelectuales del pensamiento económico latinoamericano*, ed. por Juan Odisio y Marcelo Rougier, Bogotá: Universidad del Rosario y Universidad de Cantabria, págs. 29-71, referencia citada en página XXV.
- 2023 «El primer "Plan Pinedo": orígenes, alcance y herencias del Plan de Acción Económica Nacional de 1933», en *Márgenes: Revista de Economía Política*, vol. 9, n.º 9, págs. 9-25, recuperado de <<https://revistas.ungs.edu.ar/index.php/margenes/article/view/811>>, referencia citada en página XXIII.

ODISIO, JUAN y MARCELO ROUGIER

- 2021 «La industrialización dirigida por el Estado (1953-1975)», en *La industria argentina en su tercer siglo: una historia multidisciplinar (1810-2020)*, coord. por Marcelo Rougier, Buenos Aires: Ministerio de Desarrollo Productivo, págs. 197-262, referencia citada en página XII.

PORTANTIERO, JUAN CARLOS

- 1973 «Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual», en *El capitalismo argentino en crisis*, comp. por Oscar Braun, Buenos Aires: Siglo XXI, págs. 73-117, referencia citada en página XXXVII.
- 1977 «Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973», en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 39, n.º 2, referencia citada en página XXXVII.

RACCANELLO, MARIO y MARCELO ROUGIER

- 2016 «Aldo Ferrer: hacedor de ideas y políticas tecnológicas», en *Ciencia, tecnología, innovación y desarrollo. El pensamiento latinoamericano*, comp. por María del Carmen Valle; Javier Jasso e Ismael Núñez, Madrid: Fondo de Cultura Económica, págs. 41-62, referencia citada en página XXXII.

ROUGIER, MARCELO

- 2022 *El enigma del desarrollo argentino. Biografía de Aldo Ferrer*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página XXXI.

ROUGIER, MARCELO y JUAN ODISIO

- 2012 «Del dicho al hecho. El “modelo integrado y abierto” de Aldo Ferrer y la política económica en la Argentina de la segunda posguerra», en *América Latina en la Historia Económica*, vol. 19, n.º 1, págs. 99-130, recuperado de <<http://alhe.mora.edu.mx/index.php/ALHE/article/view/494>>, referencia citada en páginas XXVII, XXX.
- 2017 «Argentina será industrial o no cumplirá sus destinos». *Las ideas sobre el desarrollo nacional (1914-1980)*, Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, referencia citada en páginas XIII, XV, XXXV.

SCHYDLOWSKY, DANIEL

- 1967a «From Import Substitution to Export Promotion For Semi-Grown-Up Industries: A Policy Proposal», en *The Journal of Development Studies*, vol. 3, n.º 4, págs. 405-413, referencia citada en página XXIV.
- 1971b «Short Run Policy in Semi-industrialized Economies», en *Economic Development and Cultural Change*, vol. 19, n.º 3, págs. 391-413, referencia citada en página XXIV.

VALENZUELA FEIJÓO, JOSÉ

- 2022 «Aníbal Pinto (1919-1996)», en *El desafío del desarrollo. Biografías intelectuales del pensamiento económico latinoamericano*, ed. por Juan Odisio y Marcelo Rougier, Bogotá: Universidad del Rosario y Universidad de Cantabria, págs. 73-111, referencia citada en página XX.

VALLE, HÉCTOR

- 2011 «Marcelo Diamand y los debates de su época», en *Ensayos en honor a Marcelo Diamand. Las raíces del nuevo modelo de desarrollo argentino y del pensamiento económico nacional*, coord. por Pablo Chena; Norberto Crovetto y Demián Panigo, Buenos Aires: Miño y Dávila, págs. 111-130, referencia citada en páginas XII, XVI, XXII.

ZLOTOGWIAZDA, MARCELO

- 2007 «Marcelo Diamand, el industrialista que defendía el tipo de cambio alto», en *Página 12*, referencia citada en página XLVI.